

José Alejandro Peña

Iniciación Final

(1984)



Ediciones El Salvaje Refinado

Copyright © 2002, José Alejandro Peña
INICIACION FINAL

Todos Los Derechos Reservados.

Printed in the United States of America
Impreso en los Estados Unidos de América

Ediciones El Salvaje Refinado
www.elsalvajerefinado.com

INICIACION FINAL

IN ALBIS

Todo vuelve a la vida con su larga ansiedad
y su sed de pantano.

Todo arde tan pardamente en la distancia
que hasta el blancor del labio se transforma en eco
de una sustancia virgen.

Todo arde por dentro
asfódelo instantáneo de mi mano.

Ah, si me doliera menos la palabra “suplicio”
o la palabra “espanto” que viene de roer mis medallones
¿qué sería de la desesperación de mi mismo?

Todo arde en la voz
¿o es la voz que arde en todo y en sí misma?

¿En qué latido mío arderá más la muerte?

Blancor del labio que retiene trémulo navío de quebrantos
Blancor de un vuelo que no acaba ni empieza en el aire
o en el pájaro
sino en la nieve callada que va tachando todo.

Santo Domingo, 1984

IN MEMORIAM A LEMBA

I

Se cose a los pulmones este fuego engendrado
por las ciegas palomas del ansia de la muerte

y el aire como una vieja úlcera en la boca
cierra sus amplios ojos en los tuyos
¿te acuerdas de los años parcos...?

Recuerdo que en tu sangre los árboles tenían
un color diferente y una forma más pura...

Amigo: duele aún en la memoria
lo eterno porvenir...

un “no” dejaste en medio de las sombras
y el rostro de la muerte se quebró en el espejo
y todos sus pedazos
se juntaron en ti
por la deforme unidad del descalabro.

II

Era la luz un sueño
y se adhería
al blancuzco sonreír de las mujeres

cada sueño en el polvo desunido
era una lengua bífida,
salobre
y cada rencor tuyo un pájaro vacío
dando sordas vueltas a la cerradura

y cada muerte mía era la vida
entonces encogida
como un nervio.

SOLILOQUIO CON GIRONDO

Se rompe el ojo tierno como un lago.
Se mastica la soledad y el frío
cabeceo de este día.
Llueve en la muerte
o así lo imaginamos, verticales lagunas.

El tic tac de la libélula y su fúnebre,
calcado escalofrío están en mí,
tienen mi forma.
Soy dimensional como el rocío
y oscuro de intención como una grieta
en el agua.

El polvo (chasquido del reloj)
hace del ojo-vendaval una vertiente
de su continuidad.

¿Qué pesa más en mí,
mi malestar o mi consciencia
de llevarlo?

¿A qué otro cómplice que ame mis defectos?
Yo soy como la vasta selva unánime:
ondulada quimera del nenúfar.

Ah, desdecir a tientas por las calles
este añico de mí que oscila en todo.

...y pensar que la muerte
es en verdad un caso tonto,
que juega a desquiciar,
que anula tanto.

Ja ja ja (la risa ahoga).

AIME CESAIRE

Aimé Césaire dejó en el aire
un tenue arrobamiento de laúd matinal
y se hizo un collar de brasas y de orejas
nocturnas, símbolo del viaje inusitado
hacia una infancia de luces que devora
el regreso.
Y en las tardes oscuras arrancaba palabras del fondo
de su pecho rojizo como un súcubo
y las dejaba morir sobre la blanca arena estremecida.

Dijo casi a mi oído (sin que la sangre llevara
al espejismo de la noche):

Deja que tus palabras terminen sofocadas,
lleva una vida errante
de náufrago indeciso
y verás que no mienten
los tráfugas ni el polvo.

Y yo, todo una válvula cargada
de señales, miré la claraboya
oscurecida.

¡Cuánto envejece un hombre
en un cerrar los ojos!

En la voz-escolopendra de los niños exangües
el hosco sol ondula
se disgrega la muerte
como un laúd de tenuidad fingida.

HOMENAJE A VALLEJO

*...y para henchir mi vértebra, me toco.
C. Vallejo*

¿Qué puede ya la luz sino cambiar sus botines viejos
por un cabecearse en la brisa?
¿Qué eternidad exterminada hunde su mano en mi pecho
arácnido y volcánico?

Adiós, Rilke purísimo, volcado contra sí,
adiós, mi trago de Voltaire.
Adiós, dice la nube Baudelaire.
Adiós también a ti huesudo niño atroz,
me dice el viento.

Y la luna se convierte en llanto
y el llanto en llama impura
y la llama del árbol
en ojillo cerrado.

¿Ves
qué tanto mi voz sube, se altera
y fosforece en toda su sustancia
elemental?

Ven,
toca este hueco en lo profundo.

Bani, 1984

INICIACION FINAL

Opalo de cristal en llamarada
el inicio de todo final
es una fiesta

áspero zemí de lluvia o fuego
¿qué perdura en el hombre
que ignora su vida?

ah, el tiempo
esa máscara de sueño que envenena el aire.

Sólo pido un agua de unidad para mi ojo izquierdo
un agua dura y rancia como un viaje
del ojo a la mirada
un agua menos líquida que un pájaro
un goterón vivo que me queme los glóbulos
y el espacio en que se abren hacia el mundo,
hacia la vida.

Sólo pido un temblor
que me quepa en la mano
un frío ardor de música en mi lengua
para cantar las cosas que giran
en el centro de sí mismas
y en mi alma
porque las cosas cobran un calor no tenido
y una forma que no tuvieron antes en mi mano.

¿A qué la eternidad podrida entre mis venas,
a qué seguir pensando que de cierto
se posee alguna cosa
cuando ni siquiera el alma es duradera?
Ningún alma es mortal
o inmortal si no se posee a sí misma.

¿Qué cosa son los sueños para el hombre
sino un andar a tientas por el mundo?
No hay un camino incierto para mis turbios pasos
vivo muerto o distante

porque la oscura emanación de todo
¿no es acaso engendro mío y del tiempo?

un cáustico balance de las cuerdas internas
para golpear las sombras que rodean
mi pecho y lo interceptan como un hipo solar
a las ranuras del ópalo y del pulso.

El ansia de verter lo ya vertido
en todo lo que resta de este ahora,
pero el mar ya no está,
se volvió roca también la tersa opacidad
de lo que toco
yaravés de una ciega insistencia
que ahoga
que separa

porque sudo cansancio a llamaradas
y me duele la vida al dorso de tenerla

y sobra espacio en mí para este yo
abolido por el ser de mis ansias

músculos no más el pensamiento arremolina
la voz también es músculo y coraza
de todo lo que arrastra hacia su centro
para luego lanzarlo por un hueco trizado
de palabras

el fuego se transforma en suspensión,
el pensamiento de la desaparición de un satélite
en pantano,
¿qué sería de mi destino sin un poco de sol
llorado en la calzada?

Santo Domingo, 1984

MASCARA DEL SILENCIO

Un árbol no es la porción de sangre
que bebemos dormidos.
Es la máscara roja del silencio
que sale a cazar muerte
por una endija de su propia hechura,
la máscara idílica que se perdió en mi cara.

El sexo colgante de las bailarinas,
el sexo tibio y húmedo de las colegialas
que vuelven de mi cuarto con una flor
de vidrio
o un temblor más antiguo que la noche,
fluvial relojería de sus muslos.

¡Qué muerte tan atroz se amuralla
en los labios repentinos!

Un árbol no será más esa porción de sangre
que bebemos dormidos
ni la angustia remota de soñar que se acaba
trazando un maleficio,
un ópalo siniestro entre las hojas
o una resonancia fugitiva (la del músculo).

DILACION

En un ojo de caballo
se quemaban mis nervios.
En un latir de estatua iba la noche sola,
el mar se había dormido
en su nido de algas
y tú, flauta ebria de mis furias nacientes,
te ocultabas en mí
como un carbón funesto.

AH Y NO ME VENGAN A HABLAR
DE QUE PESSOA...

En un rincón del ojo se va pudriendo el mar.
La fiera porcelana de la voz se rompe
y en mi mano
se acumula el vacío
como un seno.

Irrumpo, oh genios, con mi trágico volumen
genital,
irrumbo con mi lenta soberbia perfumada
y con mi voz templada como un lago
y por si queda espacio, la blanca eternidad
de mi pensar.

Ah, y no me vengan a hablar de que Pessoa...

¿A qué ese afán de mezclar la claridad del agua
de los ojos con la tinta oscurísima del viento?

ROMPIMIENTO

Desde la ventana del silencio abierto como un puño
miro la nieve que alarga lentísima y sublime
el brazo negro del dolor.

Oh, mis dedos desprendidos
sobre el polvo marítimo de las tardes murientes,
oh murciélago del labio atormentado
batiendo mentalmente sus alas laceradas
contra el vidrio de la tempestad inaccesible.

Oh, tanta vida apozada en mi boca,
tantos trenes que van descarrilando
sobre el hilo candente de mis arduos instintos,
gusanillo que remienda el alma,
gusanillo boreal de lo dejado por vivir,
de lo vivido a muerte y a retazo.

Es cierto:
El ojo mide más de lo que ve.

FEROCIDAD DEL RECUERDO

Las miradas son ángeles
o túneles con nieve.

El sol desfonda las pupilas
con sus pinzas de humo.

Ah, infancia, ferocidad que alinea los metales,
los líquenes del beso o esta lámpara
que divide el lugar y la memoria -tan desuniforme-
que tengo de cada lugar en la distancia.

¿Dónde están los amigos,
esas formas abiertas que esperan
mi llegada de algún lugar sin nombre
que me asigna el olvido?

Una rosa recomida en la muerte,
coágulo del labio.

Oh, Ferocidad de la luz,
una paloma se deshoja al volar
¿o es el vuelo lo que se extingue
o lo que queda?

HOMENAJE A LUPO HERNANDEZ RUEDA

Los círculos del agua agrandaron la noche.

¡Qué sereno el estanque
de un corazón vacío!

Poeta, todo lo centran tus ojos alcoholados
y tu voz desgranada en
el presagio
de cada cosa viva o germinante.

Tu voz no es un zumbido quieto
sino una tempestad pausada
que mis labios prolongan,
afanosos.

Yo le doy forma a las cosas que dejas.

Yo, pupila entre los huecos del pensar,
acabo inicialmente en gota pura,
y muy tosca o muy oscura mi voz sube
hasta el fondo de su claridad

y vuelve el agua a segregar sus círculos,
sus fuegos con un pájaro y la noche.

¿Acaso no es un círculo la noche que golpea
con una mano enferma, aquí, en mi pecho?

El agua es pensamiento irreveado
el fuego debilidad depara.

Por lo ilusorio
lo trágico
lo absurdo del reloj
nace una voz
centauro entre las llamas.

Las hojas del camino o la nostalgia
amordazan la forma de avanzar.

En la boca sedienta es un laúd el polvo.
Espejo el agua para el labio que le da transparencia.
El labio con sus hélices hechiza las luces
de una parda muchedumbre en la memoria:
el hombre no termina de arrodillar las sombras.

Oh deleznable amplitud de este encogido masticar del suelo:
los carbones de la mente en la brisa quedarán
o quedará la brisa sola en sí, evaporada.
También en mi final hay un comienzo de algo así sublime
como un árbol.

En toda iniciación, en todo paso,
hay un escalofrío de raíces.

ALFRED HITCHCOCK
RETORNA DEL INFIERNO

a Víctor Bidó

Si hay (para el ojo que lo capta)
un deterioro cíclope del alma,
éste yace como un cansancio de las vértebras,
como una sed que se derrama
o que se agrieta.
El dios hostil de las señales vagas,
retorna al hueco que se ahonda
o que se eleva en la mirada acuosa
o desterrada.
La luz duele en sus ángulos informes
o yace en el olvido de esta errancia del labio
ya consciente de su hechizo.
La desesperación disuelve las cadenas.
Desde la nieve que golpea con sus alas
sombrias (así florece el polvo) en la buhardilla,
interceptado a las hojas del sauce de los sueños,
el monstruo llora en el espejo, luciérnaga distante,
es un trozo de árbol o de lengua dulcísima.
La sed bebe los labios polvorientos de la muerte,
(la cicatriz de un muro del infierno se prolonga
en los rostros que miro)
oigo pasos en la memoria, pasos que me repiten
la agonía del ancla.

LA LUZ, SI SANGRA O MUERE

La luz, si sangra o muere,
no termina en lo exangüe de sí misma
como el hombre.
Ah, el hombre, esa bestia domada...
Cada pisada engendra un destino de pájaro
o de selva.
Los ladridos del árbol se han secado
y se reduce a lágrima la sed.
No sé si es huella o tumba este delirio
de avanzar.
Ah, las ciudades como un olvido
de luces arrancadas.

CIRCUNLOQUIO VERTICAL

El pensamiento en su fugaz astronomía:
universo del labio el pecho
en su fracción contemplativa.

La luz es casi un torvo niño enfermo.
Se instala en los lugares pardos
y húmedos del hueso palpar.

Yo no pido una lámpara de nervios
sino un rincón oscuro en mi memoria
para estar allí, solo, con mi alma
sin que la luz o lo que así llamáis,
perturbe el movimiento de ese oleaje
impuntual hacia el poema.

DILUVIO EN LA PALOMA

Muera mi casi voluptuoso mediodía
que arrastra su blancura mal herida.

Oh, emanación de polvo la paloma
boreal de mi tristeza.

Oh diluído cerrojo de la dicha,
claraboya de nervios desatados,
en mi memoria la paloma es un
diluvio en la voz, desgarramiento.

Rancio de soledad es brasa y pulso
este nombrar.

Todo empieza en la sola costura
del deseo.

EPITAFIO

En las grietas del aire mis ojos se cerraron.

Una hoja cae desnuda como un cofre,
desnuda como el miedo a la oscuridad
de nuestra infancia.

En las manchas rojizas del mantel
arde una forma del que pierde
por exceso de callar la dentadura.

Una hoja cae desnuda como un traje
cubierto de hojas negras y de lava.

En la muerte vivimos de una doble
consciencia: la que niega recordarse tránsfuga
de lo solo y la que aún no tiene una ventana.

Es la impaciencia lo que deteriora los modos
de avanzar.
Cuidado con el ojo: arde menos que el labio.

Como una sombra mía decapitada por la luz
de los trenes va naciendo (invocación del polvo)
la lluvia entre los goznes de un párpado
así blondo como la tristeza.

Duele no aprender que $2 + 2$ es un truco espacial
para ángeles de una sola ala ya gastada.
Duele el invierno si en mi mano
se pierde para siempre este naufragio
que inicia el ojo acicalado de la estatua.

El dios-mosca de la palabra “tierno”
se ha quemado las alas.

LA TENUIDAD DEL OJO

No hay tenuidad sino en el ojo,
garfio de soledad incierta.
No hay abismo como la mirada
ni espejismo como la consciencia
de la voz.
La tenuidad de todo está en el ojo.
La muerte muerde las pupilas de los niños
bizcos,
niños que todavía sueñan tenues páramos.

ETERNIDAD

Oh rabiosa eternidad de febril sombra
flamante membranilla de lo solo que rebosa
Se carboniza el tiempo y la luz pasa
a través de mi cuerpo así deshabitado.
No la enlutada manecilla efímera del labio
dura en todo sino la tarde parda del ahogo
Naufraga mi casi ya un desvelo
y se abandonan a las pulsaciones huidizas
del navío la luz, el mar en la ranura
de una gastada premonición de pájaro
y el viento.

¿No es cierto que la muerte da la vida?

CHASQUIDO DEL RELOJ

Se rompió la mañana que los hombres trajeron
a mi puerta muy cansados una noche de 1984
en la que yo iniciaba un viaje interno como la luz
hacia el muro y la luna sacó de mi bolsillo un ojo
negro que flotaba. El ojo o la mirada pendulaba
de un lento remolino que no era (oh celuloide)
sino una escolopendra entre los labios.

La luz, una pelambre oscura, un sótano cuajado
de alaridos y un desplome de cosas inexactas
y mi sombra, una voraz mancha de vino sobre el
agua.

UNA CHISPA AMENAZA TODO UN BOSQUE

*Lo que importa es ser múltiple y ser solo.
Domingo Moreno Jimenes*

1

Una chispa tan sólo para peinar las breñas descuidadas...
Mi casi golpeado metaloide sube por las ramas cansadas
del agobio y un agua oscura que se espesa y la sed que
chorrea sus cristales y el polvo y la nieve entrelazando
huellas... Ah, y hasta el cuervo se arremolina en su bunker
de Londres como esas pinzas hidráulicas que prensan
el torso esfuminado de la muerte.

2

Acalorado como un asfódelo instantáneo que casi ya se
amolda a los andenes, este yo tan espantosamente oscuro
y desolado no tiene amputación ni tiene oscuras marcas
de viejos utensilios de hospital. Este yo tan idéntico a la
aurora es una chispa que amenaza un bosque.

REBELDIA

Una lágrima sucia raja el pómulo de la muerte
rebeldías del agua estas pisadas mansas,
yo y mi unánime auréola que me anula
en el hueco bastardo de lo inulto
ampliando más el hueco donde habita
esta yesca de mí que son los otros.
Ah los otros, tinturas no más que caen al lado.

VENDAJES DEL SUBSUELO

Las negras pinzas del agua transparentan
la tarde que se abisma desde el blanco toser
de las paredes,
el cuarto despintado como un tañir lejano
se agrupa en algún ángulo siniestro.

Acaso ya los genios (mis amigos de antes)
como ese blanco sucio del vendaje
en mi cabeza,
cediendo a la quietud, esa avalancha
del acorazamiento y de la inquina,
doblando tiernamente los hilos de tortura,
sueñan que un batir del polvo quema
los ejes del asombro y este vuelo.

Al dorso de sus hojas está el arce,
al dorso del acero reflejado en su náutica
palidez de abandono, mi navío
como una pelambre con oxiuros
sobre los pardos lagos que me inyecto,
libidinosamente lívido, genial
como este ciego caer desde la lluvia.

MANHATTAN'S DEBRIS

Al fondo del espejo las luces se suicidan.
La mañana está tibia de blancor y de ruinas.
Alguien allí en lo oscuro de mi vieja memoria
está sangrando siempre gastadas melodías.
La noche al polvo de sus soles retorna con un
presentimiento de extravío,
con un chaleco albino de tristeza,
con una sed vacía de pozo milenario y de abandono.
Una música acaba de sepultar en su abismo de algas
un latido caníbal, porcelana del viento.
Anclando los navíos de la muerte están
la lluvia de Manhattan y el olvido.

UNICORNIO DE CUERDA

El sucesivo unicornio de la muerte llega
rozando los metales que anteceden
a esa torpe música enroscada al polvo
de los ojos y a la nieve.

La sangre es esa cosa que rebosa
vertiginosamente los armarios
y va suelta en los trajes de una viuda nostalgia
por las calles angostas de Berlín.

El unicornio de coral tan sucesivamente solo
inventa nuevos modos de consciencia
con una simplicidad de bruma férrea
que ahora ondula en mí como un obsceno
girasol de fiebre:

la luz lo inventa todo
con ese asombro absurdo
que la hace durar y retorcerse
sobre las vagas sombras
de un cisne babilónico y burlesco.

SOBRE EL AUTOR

José Alejandro Peña (Santo Domingo, Rep. Dominicana 1964). Obtuvo en 1986 el Premio Nacional de Poesía con su libro "*El Soñado Desquite*" (Colección Orfeo, Biblioteca Nacional, 1986).

Desde 1995 reside en los Estados Unidos de América donde funda y dirige la revista bilingüe de poesía y las ediciones de libros *El Salvaje Refinado*.

Ha traducido poemas de *Wallace Stevens*, *Mark Strand*, *Ives Bonnefoy*, *Vasko Popa*, *Theodore Roethke*, *Howard Moss*, *Henrik Nordbrandt*, *Emely Dickinson*, *Allen Ginsberg*, entre muchos otros.

Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Iniciación Final* (1984), *Pasar de Sombra* (1989), *Estoy Frente a Ti*, *Niña Terrible* (1994) *Blasfemias de la Flauta* (edición bilingüe de Essential Icon Press, Nebraska, 1999), y *Tomorrow*, *The Paradise* (versión inglesa, XLibris Corporation, Pennsylvania, 2001)

NOTAS CRITICAS

"José Alejandro Peña sabe descubrir verdades poéticas que no habían sido dichas en el curso de la poesía dominicana."

Antonio Fernández Spencer
(revista Yelidá, Mayo-Junio 1986)

"Entre los poetas más resaltantes de los últimos años, figura, sin duda alguna, José Alejandro Peña, voz sustanciada y madura que concita el asombro. Dueño de un discurso novedoso, entero, elaborado con firme vocación de trascendencia."

José Rafael Lantigua
Ultima Hora, Sabado 4 de Julio de 1992

"Poemario hermosísimo, de un singular valor en nuestras letras..."

José Rafael Lantigua
Ultima Hora, February 13, 2000

"Al leer la totalidad de los poemas de Peña, (...) uno se apercebe que el poeta tiene una propuesta que hacer, la cual es, reconstruir, bajo una ironía implacable, un mundo poético distinto."

"...el libro (*Blasfemias de la Flauta*) de José Alejandro Peña, poeta de la generación del 80, le coloca, por la pulcritud de su lenguaje (...) a la vanguardia de ese grupo."

Roger Reynoso y Diógenes Céspedes
Cultura, El Siglo, 10 de Junio del 200

COLOFON

Iniciación Final, de José Alejandro Peña,
se terminó de imprimir en Mayo
del año 2001, con una tirada de
200 ejemplares más sobrantes
de reposición, bajo
Ediciones El Salvaje Refinado
www.salvajerefinado.com